

paganos se hubieran avergonzado de proferir semejantes palabras, pero los adversarios actuales del Cristianismo usan este lenguaje y se ven aprobados por su época.

Á veces, en efecto, siéntese uno tentado á creer que así es en realidad, cuando se examina de qué modo la beneficencia y la caridad son practicadas por el mundo que se ha alejado del Cristianismo. Este mundo no se cansa de afirmar que la Iglesia, con todas sus instituciones, no sabe hacer el bien, y que únicamente el espíritu moderno es el que ha dado la última mano á este arte. De aquí que sea preciso secularizar en absoluto los establecimientos de caridad, si la humanidad quiere sacar de ellos una verdadera utilidad.

Admitimos de buen grado que, en los detalles, existen muchos defectos en los cristianos relativamente á la práctica de la caridad. Sin embargo, no es posible negar que la religión cristiana toma en serio la práctica de la caridad y de la misericordia, aunque lo haga por amor á Dios. Pero ¿se puede decir otro tanto de la beneficencia llena de ostentación, que mira con tanto desdén las diferentes formas con que la Iglesia hace limosnas?

No queremos resolver esta cuestión; pero encontramos muchas cosas extrañas en la caridad moderna. ¿De qué proviene que, cuando se anuncia públicamente, para una sola y misma obra, una cuestación en las iglesias y una suscripción en los periódicos, las sumas recolectadas por estos últimos son siempre mayores que la colecta hecha en el lugar santo? ¿No es porque la vanidad entra por mucho, y porque es muy agradable ver impreso el nombre de los donantes en las columnas de la hoja pública? ¿Qué significan todas esas formas extrañas de caridad—conciertos monstruos, bazares, donde las damas que venden constituyen el principal atractivo, partidas de patinaje por la noche á la luz eléctrica, cepillos, loterías, bailes en provecho de los pobres, funciones de teatro los miércoles de ceniza, en beneficio de las víctimas del hambre ó de una inundación,—qué significan sino que el mundo echa volun-

tariamente cinco céntimos en la bolsa de la caridad, cuando le proporcionan un duro de placer?

Se dirá que nuestro juicio es demasiado severo, y que hay una práctica más pura de la caridad natural. Sí, gracias á Dios hay una; pero ¿no es precisamente el mundo el que nos muestra cuán extraño es semejante ejemplo? ¿De dónde provendría, sin esto, esa caridad, hecha á son de bombo y platillos, que casi nos recuerda la especie de beneficencia que condena el Salvador en el Evangelio en la persona del fariseo? <sup>(1)</sup> No queremos interpretar esta manera de obrar como una jactancia; pero, aunque no lo sea, es en todo caso una prueba de que el mismo mundo comprende cuán rara vez se le ofrece la ocasión de citar un verdadero caso de beneficencia que haya sido dictado por motivos profanos, terrenos y naturales, y no por los motivos cristianos que tanto desdeña.

Lamentábanse ya los antiguos de que fuesen tan raras las buenas maneras de hacer caridad, <sup>(2)</sup> y de que se convirtiesen hasta en objeto de menosprecio. <sup>(3)</sup> Inútil sería intentar contradecir este juicio; por lo contrario, sería muy extraño que no hubiese ocurrido así. Allí donde el hombre es el único motivo de la caridad—y la pura caridad natural no tiene otro—¿cómo ésta puede permanecer viviente cuando uno se acerca algo más al hombre, y echa una mirada á su corazón? Al obrar así, no tenemos necesidad de pensar en otros, no tenemos más que preguntarnos á quién guardaríamos rencor por encontrar demasiado duro el ejercicio de la caridad para con nosotros, cuando ha visto nuestro interior tal como Dios lo conoce, y cuando no ve en nosotros más que al hombre, ó mejor, la miserable caricatura que del hombre hemos hecho nosotros.

**6. El amor como virtud, fundado en motivos puramente naturales, es difícil de practicar con relación al hombre puramente natural.**—De aquí que sea comprensi-

(1) Matth., VI, 2.

(2) Aristot., *Eth.*, 8, 3 (4), 18. Cicero, *Amicit.*, 6.

(3) Eudem., 7, 10, 25. Plinio, *Ep.*, 1, 8.



ble que todas las tentativas hechas hasta el día para llegar á la cumbre de la virtud, el amor, por medio de consideraciones puramente profanas, hayan fracasado por completo. Practicar el amor como virtud por simples motivos naturales, equivale á pedir más de lo que el hombre puede hacer.

Hablamos del amor como virtud. La ciega pasión del corazón, súbitamente encendida y rápidamente apagada, no es digna de que se le llame amor. Una inclinación despertada repentinamente, porque uno espera encontrar un auxilio en la realización de sus propios designios, y ahogada en un abrir y cerrar de ojos, desde que se suscita la menor divergencia de opiniones, jamás ha sido amor ni lo será nunca.

El amor debe ser virtud, pero la virtud es el trabajo de la voluntad. Lo que constituye la virtud son los esfuerzos constantes para conseguir un fin noble, que la razón nos ha presentado como posible de alcanzar. La virtud no es un capricho que se dirija á tal objeto y rechace tal otro, sino que es un esfuerzo personal serio, con el cual abarca el corazón todo lo que el deber ó la necesidad le impone, aunque tenga que vencer las mayores resistencias. La virtud debe saber padecer y sufrir privaciones, cerrar los ojos sobre muchas cosas, y hacer los esfuerzos necesarios para vencerse. Luego, si el amor ha de convertirse en virtud, la razón es la que debe trazarle el camino que debe seguir, porque el verdadero valor es imposible sin el previo conocimiento. La voluntad y el corazón deben entonces obedecer, cueste lo que cueste, al deber conocido. Únicamente debemos amar lo que queremos, cuando queremos lo que debemos. El amor debe, desde luego, conocer lo que debe amar, pero, hecho esto, debe amar, no porque le plazca obrar así, sino porque debe hacerlo; debe proponerse todo lo que pueda servirle para alcanzar este objeto y deshacerse de todo lo que pudiera impedirle conseguirlo. <sup>(1)</sup>

(1) Bernard., *Ep.*, 85, 3. Cf. Thomas 2, 2, q. 23, a. 3.

Después de haberle determinado al amor su empresa, pongámoslo ahora frente al hombre, tal cual es en realidad, y ordenémosle cumplir su deber relativamente á este hombre. ¿No le parece que se le acaba de leer su condenación á muerte? ¿Qué nos responderá? ¿Es ese el objeto sobre el cual ha de ejercitarse? ¿Sobre este ser debe mostrar el ardor y los sacrificios de que es capaz? ¿Cómo los hará de buen grado, si sólo el hombre es capaz de entusiasmarse por él? «¡No;—dirá—pedidme todo lo que queráis, pero ahorradme una sola cosa: la de estimar como digna de mí una criatura tan pequeña, tan pobre, una criatura con la cual es tan difícil contar, un ser tan lleno de defectos como el hombre. No me ofrece ningún atractivo, no puedo entregarme á él. Presentadme un objeto más amable, ó dadme motivos tan poderosos que, á causa de ellos, cierre los ojos sobre los defectos del hombre y pueda inclinarme hacia él. Sin duda que en un momento de ciega pasión y de irreflexiva impetuosidad, puedo amarle; pero lo abandono con la misma facilidad. Para amarle con reflexión, y al precio de esfuerzos hechos sobre mí, preciso me es un objeto más noble, más perfecto, un objeto por cuyo amor pueda también amar al hombre.»

**7. El amor sobrenatural á Dios y al prójimo.**—Inútil entregarse aquí á reflexiones sobre esta materia. En vano buscaríamos este objeto en las criaturas, por cuanto no valen más que nosotros. Este objeto no puede ser más que *uno*. <sup>(1)</sup> Es Aquél cuyo reflejo de gloria llena de delicias á todos los seres, Aquél al cual nadie puede acercarse sin sentirse inmediatamente abrasado de su ardor; es el único bien, Aquél cuya fidelidad es eterna, el Hombre siempre inmutable; es la única belleza digna de nuestro amor; es el Creador que se cierne en alturas inconmensurables por encima de la criatura más perfecta; es el Misericordioso, el Redentor, el Santo lleno de amor inmenso, eterno; es el ser más puro, más perfecto, el único cuya

(1) Thomas, 1, 2, q. 2, a. 8; 2, 2, q. 25, a. 1 etc.



bondad infinita puede satisfacer el corazón insaciable del hombre. Sólo hay un objeto que sea digno de nuestro amor, que haga á nuestro amor puro y durable, que le responda por completo, y es Dios. La razón por la cual falta el amor al mundo, es porque el mundo ignora y no ama á Dios. Y este mundo se da, no obstante, cuenta de que no ama; los buenos se lamentan de ello, los otros niegan el amor; pero todos ignoran la verdadera causa de esta laguna, y no pueden conocerla, porque, si conociesen á Dios, seguramente le amarían. Dios nos atrae á sí con poder irresistible desde que le conocemos; llena nuestro corazón; en Él reaviva el amor su llama, al punto mismo en que amenaza extinguirse.

Dios es amor; <sup>(1)</sup> es la fuente, el objeto, el dueño, la medida del amor y la razón de todo amor verdadero. El amor ignora lo que no es de Dios, aunque la pasión haga extragos. Allí donde no está Dios, tampoco hay amor. Lo que está en Dios y pertenece á Dios, pertenece también al amor. Lo que Dios ama, lo abraza también el amor, á pesar de las resistencias de una naturaleza corrompida. Nada es pequeño para el amor; nada de lo que le recuerda el Bien Amado le es indiferente. Un solo cabello puede herir su corazón. <sup>(2)</sup> ¿Cómo sería posible que el amor cerrase el corazón á un objeto amado por Dios? «Así, pues, el que dice: «Amo á Dios», y odia á su hermano, es un embustero.» <sup>(3)</sup> La principal diferencia entre el amor y la pasión consiste en que ésta hace tanto más vacío el amor con relación á los que pueden pretender nuestro amor, cuanto que busca con menos garantía de éxito la posesión de un bien imaginario, en tanto que aquél permanece siempre igual en presencia de todos sus deberes. Proviene esto de que está fundado en Dios y parte de Él. De aquí que el amor ame á Dios y todo lo que hay en Él; de aquí que lo ame todo en Dios, como Dios lo ama; por consiguiente, to-

(1) I Joan., IV, 16.

(2) Cant. Cant., IV, 9.

(3) I Joan., IV, 20.

do de tal suerte, que aprenda en todo á amar más á Dios. El verdadero amor excluye toda medianía, toda parcialidad, todo lo que no es sano; el amor no se parte ni se compra; el amor no conoce diferencia alguna entre el corazón y la acción, entre la convicción y el esfuerzo personal, entre la predilección y la obligación, entre el goce y el sacrificio. El que quiera compartir el amor entre Dios y la criatura, mataría el amor, porque no sufre división. El que quiere darlo al uno y rehusarlo al otro, lo pierde, porque no tolera que se comercie con él. El que dirige su amor únicamente hacia aquél por el cual siente simpatía, ó hacia aquél sobre el cual funda alguna esperanza, lo expulsa, porque quiere hacer de su rey su esclavo. Sólo hay un amor. ¡Ah, si pudiéramos inscribir esta palabra con letras de fuego en el corazón de todos los hombres! No hay más que un amor, y siempre el mismo, ya se consagre á Dios ó á nosotros mismos, al amigo ó al enemigo, al bienhechor ó al necesitado. <sup>(1)</sup>

El amor por el prójimo, lo mismo que el amor que uno se profesa á sí mismo, no es posible, pues, que sea otra cosa que el amor á Dios. Un amor por el prójimo ó por nuestra propia persona, que no sea al propio tiempo un amor por Dios, no merece el nombre de virtud perfecta.

En esto únicamente reconocemos la diferencia que media entre la virtud natural y la sobrenatural. Cierto es que el verdadero amor natural ama á Dios en el hombre: si no aspirase por el hombre hacia Dios; si no se reconciliase con el amor de Dios, ya no sería naturalmente bueno. Pero desde luego se refiere á las obras y á los dones de Dios en la criatura, y, por ellos, á Dios, pero sólo mediatamente. <sup>(2)</sup>

El amor sobrenatural, por lo contrario, no se contenta con tener presente á Dios en todo servicio hecho al prójimo.

(1) Augustin., *De trinitate*, 8, 8, 12. Thomas, 2, 2, q. 23, a. 5, q. 25, a. 1 y sig. *De charit.*, q. 1, a. 4. Cf. Joan. a. S. Thoma, *Theol.*, tom. VI, d. 14, a. 3. Marcus Serra, *Comm. in D. Thoma*, 2, 2, q. 25, a. 1.

(2) Billuart, *De charit.*, d. 1, a. 3, § 2. Cf. Ferre, *De virtut. theol.*, tr. 4, q. 1, n.º 69; tr. 5, q. 1, n.º 105.



mo, y con procurar alcanzarlo por este medio: <sup>(1)</sup> su naturaleza propiamente dicha consiste, antes bien, en que aspira directamente á Dios, y en que sólo por Él y para Él demuestra interés por la criatura. <sup>(2)</sup> El amor cristiano ve en el hombre, no sólo la obra, no sólo la imagen natural de Dios, sino, antes bien, un desarrollo de la voluntad de Dios y del mismo amor divino. Ama al hombre en cuanto es copia de las perfecciones divinas, como el vaso en que Dios vierte su amor y su vida, como el objeto en que busca su complacencia y su glorificación. <sup>(3)</sup>

Así, pues, el amor sobrenatural no es otra cosa que el mismo amor á Dios. <sup>(4)</sup> Por consiguiente, en el fondo no es del todo necesario un mandamiento especial del amor sobrenatural, <sup>(5)</sup> porque, sin él, el amor á Dios sería incompleto. Sin él, sería una ilusión querer persuadirnos que amamos á Dios. <sup>(6)</sup> Pero allí donde existe en realidad el verdadero amor de Dios, allí existe necesariamente también el amor para el hombre. <sup>(7)</sup> Este mandamiento de amar á Dios nos viene del mismo Dios, lo mismo que el de amar al prójimo. <sup>(8)</sup>

Si, pues, quiere saber uno si ama á Dios, lo reconocerá viendo si ama á su prójimo. <sup>(9)</sup> Y si quiere saber si su amor al prójimo es verdadero, bastará que se fije en si este amor proviene del amor á Dios, <sup>(10)</sup> en si ama á Dios con más pureza, sinceridad y ardor, desde el punto y hora en que comprenda en este amor á la criatura, ó si encuentra en su amor á los hombres un obstáculo contra el amor á Dios. Sólo en el amor á Dios, debe beber su fuerza y aun su vi-

(1) Thomas, 2, 2, q. 44, a. 2. Fulgent., *Ep. 5 ad Eug.*

(2) Thomas, 2, 2, q. 23, a. 5, ad 1. Bail., *Theol. des hl. Thomas*, 3, 2, 17 (1869, III, 227 y sig.). *Sententie S. Bernardi*, 21.

(3) Coninck, *De actibus supernaturalibus disp.*, 24, n.º 2.

(4) Thomas, 2, 2, q. 25, a. 1. Paschas, Radbert., *Mat.*, l. 10 (B. Lngd. XIV, 620 h); Scheeben-Weiss, *Herrlichk. d. Gnade*, (6) 5, 8, cf. 3, 6, 5.

(5) Augustin., *Disc. christ.*, 5.

(6) I Joan., IV, 8, 20.

(7) Thomas, 2, 2, q. 44, a. 2.

(8) I Joan., IV, 21.

(9) Joan., XIII, 35.

(10) I Joan., V, 2.

da la caridad cristiana. Sólo el amor divino puede darle esa invencibilidad y ese aliento supraterrano de que tiene necesidad para triunfar de sus pasiones, de los miramientos humanos, y para realizar lo que el amor natural no es capaz de hacer.

**8. El amor del orden sobrenatural, como resumen y cumplimiento de toda virtud natural.**—En realidad, se exige más del amor sobrenatural que de una simple virtud humana, ya que debe cumplir sus obligaciones, aun cuando tropiece con graves dificultades que la inteligencia humana ordinaria considera como excusa suficiente. Una sola frase de Aquél que nos ha enseñado el amor nos lo dice suficientemente: «Si sólo amáis á los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?» <sup>(1)</sup> «Pero yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.» <sup>(2)</sup>

No es ninguna gloria ni mérito alguno el que demos de nuestro corazón una pequeña chispa de amor, allí donde nuestra propia inclinación y nuestras preferencias nos mueven é darla. Mientras no amemos al prójimo con todo nuestro corazón, ó, por lo menos, no le soportemos con todas sus imperfecciones y asperezas, no podemos lisonjearnos de que sea vigoroso nuestro amor; antes bien, debemos temer que lo que debería servir para fortificarlo y purificarlo se convierta para él en causa de debilidad, si no de ruina. Sólo cuando ha mostrado el amor que puede vencer, sufrir y sacrificarse, sabemos que es verdadero, y sólo entonces conocemos su propio valor.

Pero se comprende fácilmente que sea necesaria, para padecer, una gran virtud. Con frecuencia exige el amor un esfuerzo personal que no se obtiene, sino violentando el corazón y la voluntad. Los actos más sublimes del amor son imposibles sin sacrificios personales. Sin sacrificio, sin

(1) Matth., V, 46 y sig.

(2) Matth., V, 44 y sig.



renuncia personal, no es posible el amor. Preciso es que podamos llegar á amar, aun lo que no es amable, para agradar á Dios, á quién testificamos nuestro amor obrando así. El amor debe hacernos más fácil el sacrificio de todo lo que nos es querido cuando se trata de otros, antes que verlos sufrir y experimentar necesidades por causa nuestra. El amor debe ponernos en estado, no sólo de soportar otra manera de ver, aunque sea contraria á la nuestra, convicciones extrañas á las nuestras, y un modo de obrar y de hablar que no nos sea simpático, sino que también nos obliga á respetarlos, mientras todo ello se armonice con la verdad y la conciencia. El verdadero amor es desgraciado, ó se siente desgraciado, allí donde no puede ser útil, allí donde no puede corregir, consolar y dar. Su ojo es más perspicaz para las aficciones y necesidades extrañas, que duro para las debilidades del prójimo. Su corazón siente las desgracias ajenas con tanta ternura como el corazón más sensible las suyas propias. Su mano vela los defectos ajenos con miramientos tales, que el que se siente herido ó avergonzado no puede desear mayor indulgencia. Allí donde el llamado hombre de honor no logra jamás hacer nada de provecho á fuerza de discutir y de regatear, para saber cuál es el que primero debe tender la mano para la reconciliación, quién es el que debe saludar antes, ceder el primero, para saber hasta dónde debe llegar la indulgencia, y cuántas veces se ha de perdonar, el amor se ofrece él mismo como prenda de reconciliación, y todo queda terminado. Mas con esto, no cree haber hecho nada de extraordinario; por lo contrario, después de haber realizado todo esto, se dice: «Soy un siervo inútil; lo que debí hacer, hice.»<sup>(1)</sup>

¿No he hecho más que lo que debía? ¿Y esto en cosas que son tan difíciles para el corazón?

El Señor es el que habla así, y nosotros debemos creerle. El asombro, la consternación que se manifiesta siempre, cuando uno dice que los mandamientos del Cristianismo,

(1) Luc., XVII, 10.

no nos imponen muchas obligaciones que no debamos ya cumplir por nuestra propia naturaleza, nos muestran muy bien cuán poco en serio tomamos los deberes de hombres y cuán pocas garantías de ser observadas tiene la justicia natural, si los servidores de Jesucristo no se ocupan en ella.

Entonces esos despreciadores del Evangelio se refieren con gran estrépito á la moral natural, como los fariseos se referían siempre á la ley, cuando se trataba de combatir á Jesucristo. Pero cuando se trata de actos, desautorizan sus palabras.

De aquí que debemos dirigir á nuestros adversarios el mismo reproche que el Salvador dirigía á los suyos: «¿Por ventura no os dió Moisés la ley, y ninguno de vosotros hace la ley?»<sup>(1)</sup> Si hablaseis de la fe, sin duda tendríais razón en decir que ella nos enseña infinitamente más que la débil razón; pero, en el fondo, ¿cuántas cosas nos exige el precepto del amor sobrenatural, cosas á las cuales no nos obliga la conciencia por parte de la naturaleza? Lo que exige de nosotros es que cumplamos la justicia por un motivo sobrenatural más elevado. Pero lo que nos impone, únicamente difiere en grados de lo que el amor natural nos impone como deber. Ni siquiera exceptuamos de ello el mandamiento de amar á nuestros enemigos. El amor no es otra cosa que la humanidad.<sup>(2)</sup> Ahora bien, ésta se nos exige por la ley natural. De aquí que esté contenido en la ley natural el amor á nuestros enemigos, que en manera alguna es invención del Cristianismo.<sup>(3)</sup>

En nada modifica esto el hecho de que los mejores de entre los antiguos no observasen esta ley; que el supuesto amor de Sócrates por los enemigos fuese únicamente desdén<sup>(4)</sup> y el de Aristides, simplemente político.<sup>(5)</sup> El Cristia-

(1) Joan., VII, 19.

(2) Eudem., 7, 10, 24. (Aristot.,) *Magn. Mor.*, 2, 11, 45.

(3) Marcus Serra, In 2, 2, q. 25, a. 8. Sylvius, *ibid.* Coninek, *De act. supernat.*, d. 24, d. 5. Bañes, 2, 2, q. 25, a. 9, d. 1, concl. 2. Gotti, *Theol. de charit.*, q. 1, d. 5, 20 y sig.

(4) Diogen. Laert., 2, 27, 36, 37.

(5) Plutarch., *Præp. reip. gerendæ*, 14, 2.